

tre labriegos, ¿de qué modo habremos de olvidar las páginas de la novela de Zola? Habrá acaso exageración en algunos aspectos de esta pintura; pero la pintura es realmente soberbia. Quien haya tratado a los laboradores de la tierra, quien haya contemplado el espectáculo de sus afanes y de sus pasiones, habrá de reconocer la verdad profunda de esta visión del maestro. Y de la llanura, de estas extensas tierras de sembradío, pasamos a las estaciones. De *La tierra* a *La bestia humana*. Nada que marque más el contraste de las actividades humanas, del trabajo del hombre, que un legón y una linternita roja. El legón sube por el aire y se abate a la tierra y en su seno se clava; la linternita camina en la oscuridad de la noche a ras del suelo. El legón conoce las labores del campo; sabe de las hierbas y barrunta los cambios del tiempo; la linternita lo que sabe es de las locomotoras, de los rieles brillantes, de los faros que fulgen en lo alto, de los discos blancos o rojos, de los agudos silbidos de las máquinas y del paso vertiginoso de los trenes. El autor de estas líneas, lector en su adolescencia de Emilio Zola, apasionado de la novela del maestro en que se pinta la vida de los ferroviarios, ha vivido, por gusto, durante una temporada en una estación. El tráfago de los trenes, el ir y venir de los rapidísimos expresos, las faenas todas de los obreros que en las estaciones y grandes depósitos se ocupan, le han encantado. Entre todas las fases del trabajo, acaso ésta, con la del campo, sea la más interesante. El campo, que es la inmovilidad, y las estaciones, que son la actividad máxima. El labriego, que es la tradición, y el ferroviario, que está abierto a todos los vientos de la vida moderna. El campo, que representa el prejuicio—recordad las pretensas influencias de los astros,—y las estaciones, que simbolizan lo móvil, lo inestable, la innovación con que se quiere ganar tiempo, ganar un minuto, ganar un segundo. En el adolescente que hemos imaginado, estas dos novelas de Zola han hecho una impresión honda. No desdeñemos al maestro; es moda ahora sentir desdén hacia las obras del naturalismo; al maestro se le tiene alejado de la admiración de los doctos. Y sin embargo, pocos escritores del día, pocos de estos escritores que al presente aupamos tanto en nuestra estima, tendrán la fuerza, la profundidad, la ternura, la pasión, el ímpetu, la humanidad, en suma, que tiene Emilio Zola. Se acaba de publicar ahora un libro en que se relata su vida y se hace el recuento de su obra. Al leerlo hemos sentido viva emoción. Ha escrito este volumen una hija del maestro; en el libro ha puesto porción de pormenores y de datos que hacen la lectura interesante por todo extremo. Las páginas dedicadas a los comienzos del maestro, nos cautivan entre todas. Zola fue un luchador formidable; tenía un magnánimo corazón; defendió siempre las nobles causas. Padeció en los comienzos de su carrera privaciones durísimas: toda su vida tuvo el pensa-

miento puesto en los artistas que luchan, como él luchó, contra el prejuicio de la crítica y la estolidez de cierto público. Desde el cargo modestísimo de empleado en una librería, Zola fue poco a poco ascendiendo en su carrera hasta conquistarse la independencia con su trabajo. Le vemos en esos días primeros de su aprendizaje en un cuartito modesto, pobre; apenas tiene para comer; trabaja sin descanso; escribe todo el día. Cuando nos representamos con la imaginación al maestro, no le vemos como a otros escritores, de pie, en el campo, o andando por la calle, o sentado en una butaca con un libro en la mano. A Zola lo vemos siempre, indefectiblemente, encorvado ante una mesa, con un mazo de cuartillas delante, con una pluma que corre por el blanco papel, con otras muchas cuartillas que ya están llenas de renglones y que una mano febril ha ido poniendo a un lado.

Y siempre también esta visión del maestro, para los que trabajamos y hemos de trabajar sin descanso, es un consuelo. A veces nos sobrecoge el desaliento; en ocasiones paraliza nuestra labor la duda; momentos hay en que estamos a punto de renunciar a seguir escribiendo; instantes se ofrecen en que la visión del porvenir que nos espera nos hace suspirar y lanzar tal vez un callado sollozo. Entonces, en lo más desalentador de la pausa, en lo más desesperante de la tregua; cuando hemos dejado la pluma o está la maquinilla de escribir parada, ponemos el pensamiento en el maestro; le vemos inclinado ante su mesa; vemos el rímero de carillas que lleva ya escritas; consideramos que mañana, a la misma hora, tendrá escritas otras tantas. Y lentamente, al principio, con ardor luego, continuamos nuestra tarea.

A z o r í n

Madrid, 1931.

## Estampas

— Colaboración directa —

### Calhoun el marino: ¡Alto ahí!

No sabemos si los corresponsales que los periódicos norteamericanos sitúan en estos países, los reclutan como al marino, con cartelones en los parajes públicos por donde pasea el vulgacho. Hacen tanto daño a la libertad los corresponsales como los marineros y se piensa que son por igual gente de alma miserable.

En la correspondencia que envía desde Panamá, C. H. Calhoun, a *The New York Times* hay mucha mentira, mucha mala intención calculada para despertar el apoyo que toda conciencia honrada le niega a la Compañía rapaz venida a Costa Rica al olor de una merienda tropical. Para presentar a la *Simons Construction Corporation* hecha una víctima de nuestro pueblo, dice Calhoun toda suerte de falsedades. Y las dice de oídas, por lo que le llevan "informes privados" salidos de Costa Rica. ¿Quién es Calhoun y quiénes son sus informantes? Debe ser una unidad del imperialismo tan dañina y repugnante como la que en Nicaragua armada de rifle asesina al nativo. Y ellos, los que recogen la mentira que él adoba para la prensa yanqui, deben ser los agentes del mismo imperialismo, vueltos ojos y oídos en la busca de pretextos que pudran nuestra libertad. Le han soplado al inescrupuloso corresponsal que "contra los intereses norteamericanos está desatado el ataque más amargo y persistente y hay pruebas de que tal ataque puede ser fomentado por intereses británicos y alemanes". Y Calhoun lo estampa así para que llegue a decir al Gobierno de los Estados Unidos que Costa Rica le arrancó a la Simmons los inmensos intereses que devoraba, por estar azuzada por fuerzas contrarias a la expansión del capital yanqui. No tiene otro propósito la correspondencia de ese marino

de la armada periodística norteamericana. Vendrá así la cólera del Departamento de Estado y pueda que la intervención diplomática de que ahora no puede la Simmons echar mano, y de la que tanto se duele Calhoun, le llegue a la Compañía rapaz.

Pero si la voz del marino de la flota del papel impreso ha sonado para mover la atención de un Gobierno movido por fuerzas imperialistas tremendas, también deben hacerse oír voces de veracidad y de justicia. Calhoun el marino no puede ignorar hechos que niegan a la Compañía por la cual habla la condición de víctima. Nuestro Gobierno tuvo que separar a la Simmons, que ahora según parece tiene domicilio fijo en Charlotte, N. C., de la administración y dirección de un negocio tan importante como el de carreteras, porque esa Compañía sangraba con infamia al país. Si Calhoun quiere de verdad honrar su corresponsalía, infórmese mejor, deje de ser el marino que desbarata la dignidad de estos pueblos. No es, como él lo asegura por los informes que le llevan los que pretenden desatar la infamia del Departamento de Estado, que la Simmons estuviera cumpliendo. No es tampoco que nuestro Gobierno pretextara, para romper el contrato, que los trabajos iban lentos y la estación lluviosa se acercaba. Los motivos son otros. Haga Calhoun que le lleven el documento de nuestro Gobierno redactado cuando arrancó a esa sanguijuela de la Simmons. Son motivos grandes, fuertes para un hombre de probidad los que allí se invocan. La Simmons entretenía la construcción de carreteras para darle filtraderos al dinero que la Nación con grandes sacrificios, destinaba a esos menesteres de fomento. Llegaba a un país desorientado en asuntos de caminos,